

Los hijos del capitán

Juan Farias

Cuaderno I

Puerto Paula es un pueblo de pescadores. Está al bode de un acantilado, entre nidales de gaviotas.

Puerto Paula es un pueblo pequeño, antiguo, de pocas casas y una sola iglesia. Casi todos sus habitantes son pescadores de bajura.

Puerto Paula a más de antiguo iba para viejo, pero vino un alcalde, de nombre Amadeo, que hizo remozar fachadas, limpiar calles y traer el agua desde los manantiales a la plaza,

devolvió cada gallina a su corral, puso collar a todos los perros y antes de morir decidió que de su casa hiciesen un orfanato.

La casa de don Amadeo es grande. Está pasado el bosque de los tilos. Tiene puerta y patio, todo ello rodeado por una tapia que a trozos lo es también del camposanto.

El tiempo y otra vez el descuido trajeron ratones al sótano y murciélagos a los aleros del tejado.

Dicen que el sitio es lúgubre.

Fue mi casa cuando aún era niño y ya no tenía padres. Entré a vivir con otros chicos que también eran huérfanos.

Los chicos éramos de éste y otros pueblos. Unos venimos a la orfandad por culpa de una guerra que hubo, otros por la galerna o sólo a capricho de la muerte que a veces se viene para dejar a un niño abandonado.

Para cuidarnos había dos mujeres, una de ellas moza, y el director, un viejo marino ya jubilado, capitán de un barco que se hundió no sé dónde.

El viejo se llamaba Mateo, pero nosotros lo llamábamos Capitán y esto le hacía gracia.

*

Yo nací más al norte, en el Finisterre. Mi padre era pescador y mi madre encajera. Los dos murieron el mismo día, no sé por qué ni cómo. No me dejaron verlos muertos ni ir al entierro.

Las personas mayores no dejan que los niños se acerquen a la muerte.

Durante algún tiempo viví al cuidado de alguien en una casa donde un perro le ladraba a la Luna,

donde un reloj de pared sonaba a la media noche,

donde pasaba las noches y no dormía esperando que mamá viniese a arroparme.

Una tarde metieron mis cosas en una maleta.

—Tienes que irte, Juan —dijeron—. Vas a vivir con otros chicos.

Yo dije:

—Quiero quedarme.

Se me explicó:

—No puede ser. Somos muchos y tenemos poco.

Embarqué en el patache de Marcos, un buhonero que hacía el cabotaje entre el

Finisterre y Portugal. Entraba en los puertos más pequeños y vendía cosas.

Navegamos toda la noche.

Pregunté:

—¿A dónde voy, Marcos?

—A Puerto Paula.

—¿Al orfanato?

Se encogió de hombros y dijo:

—Me pagan por llevarte, rapaz.

Llegamos de amanecida.

Antes de atracar Marcos izó a la arboladura ristras de cacerolas, cirios, mimbres, corbatas y de todo.

Luego se puso a tocar la gaita.

Hacía sol cuando llegué al orfanato. Los chicos estaban en el patio jugando a chapas.

El Capitán salió a recibirme.

—Bienvenido a bordo, marinero— sonrió.

Cuaderno II

No éramos muchos. Me acuerdo de casi todos y a algunos los echo de menos. Han pasado casi cuarenta años.

Soy marino. Voy de un lado para otro, pero sé que el día menos pensado, al bajar a tierra en sabe Dios dónde, voy a encontrarme con Bricio, Celso, Casimiro o cualquiera de ellos y será emocionante.

Brindaremos por aquellos años en los que fuimos aprendiendo a vivir,

y por el Capitán, que descansa en paz en aquel cementerio, al borde del acantilado.

El día que esto ocurra lo dejaré escrito en el Diario de a Bordo señalando latitud, longitud y hora, día y año.

De algunos me acuerdo mejor que de otros.

Por ejemplo, me acuerdo muy bien de Casimiro, que era el más pequeño y triste.

Casimiro siempre andaba solo o alrededor de la señora Julia, que era la encargada de fregar el suelo y los cacharros de la cocina.

La señora Julia iba de un lado para otro con el cubo, la fregona y Casimiro pegado a su sombra.

Una tarde en que estábamos en el patio sin jugar a nada, sólo tomando el sol, la señora Julia se acercó a nosotros.

—Quitarme de encima esta mosca o acabaré dándole un golpe —dijo.

Se refería a Casimiro.

Dámaso dijo:

—El chico no hace nada malo.

Martín, que tenía la cabeza escondida debajo de la boina, asomó un ojo.

—¡Dale, mujer!

La señora Julia era muy nerviosa.

—Cualquier día lo hago —dijo y se fue.

Casimiro iba a ir tras ella, pero Dámaso lo detuvo:

—Déjala, chico. Túmbate un rato al sol.

Casimiro miró a Dámaso para decirle:

—Huele como mi mamá.

Martín vino a huérfano porque su padre, que era viudo, se cansó de serlo, hizo las

maletas y se marchó con otra señora.

Por la noche, ya en la cama, a lo mejor hablábamos de tener padre.

Martín decía:

—¡Qué asco!

Hablábamos de mamá.

Martín preguntaba:

—¿A la mía quién le dijo que podía morirse?

Hablábamos del Capitán.

Martín decía:

—Yo, cuando sea una cuarta más alto, me largo de esta conejera.

Una vez protesté:

—Nadie habla contigo.

Nos peleamos y ganó él. Martín también era muy bruto y sabía golpes secretos.

*

Legítimos o ilegítimos, todos nos sabíamos hijos de alguien, de fulana, de mengano o sólo de fulana de tal,

todos menos Dámaso y Diego.

A Dámaso no parecía importarle demasiado y Diego tenía imaginación.

A Diego, cuando aún no había cumplido la semana, lo encontró alguien en una caja de zapatos, debajo de un níspero, desnudo y envuelto en una manta.

De muy pequeño, cuando aún no sabía andar, estuvo en la casa cuna de no sé dónde.

Después se vino a vivir con el Capitán y fue uno de mis mejores amigos.

Creo que estaba un poco loco.

—Puedo ser el hijo de un marinero y una pescadora rubia.

Éste era uno de sus cuentos preferidos.

Se miraba al espejo y decía:

—Mi madre también tuvo los ojos azules, estoy seguro.

A Martín le molestaba la gente divertida.

—Mira, Diego, tu madre fue una que dijo: ¡Ahí te quedas!

Martín siempre buscaba pelea, pero Diego no era capaz de enfadarse.

—También puede ser eso —decía.

A Diego le gustaba correr por la playa, contar las gaviotas, beberse la mar y reír sin saber por qué.

*

Me acuerdo de todos, pero a Dámaso es al que más echo de menos.

Dámaso era huérfano desde siempre.

Antes de venirse a vivir con el Capitán vivió en muchos sitios y con muchas personas distintas. Algunas le pegaban.

—Me hacían pedir limosna —contaba.

—A veces iba a robar —presumía.

Para dormir, los portales o el aire libre, en el trigo o en las barcas varadas, no importaba dónde si era lejos de los perros que no ladran.

—¿Y cuando aún no te habían salido los dientes? —le pregunté un día.

—De eso no me acuerdo.

Dámaso no le tenía miedo a casi nada. No le importaba la oscuridad ni estar solo. Era capaz de bajar al sótano o subir al desván sin luz y aunque hubiese tormenta.

*

Me acuerdo de Paca, la cocinera, que era buena moza y tenía novio por correo.
Paca, cuando recibía carta, era una fiesta capaz incluso de hacer dulce de cebollas.
Me acuerdo del pueblo y de la gente.
Por acordarme, me acuerdo incluso de cosas que no ocurrieron jamás.

Cuaderno III

Los chicos dormíamos en una habitación corrida, de techo muy alto.
Desde las ventanas se veía el bosque de los tilos, el acantilado y el mar.
Me gustaba ver el mar y los barcos.

Un día le dije al Capitán:

—Quiero ser marinero y marcharme lejos.

—¿A dónde?

—No lo sé aún.

—Procura estar de vuelta para la hora de cenar.

Por las noches, cuando estábamos acostados, el Capitán venía a hacer la última ronda.
Pasaba entre las dos filas de catres, despacio, contándonos de uno en uno a ver si estábamos todos.

Yo, si aún estaba despierto, me destapaba y fingía dormir.

El Capitán se acercaba a mí, a taparme.

—Abrígate, marinero —decía.

*

Las noches de tormenta la casa parecía más vieja y se quejaba.
El viento abría las ventanas, hacía sonar la campana del cementerio,
volaban los fuegos fatuos, se agazapaban los murciélagos y el perro del sepulturero no dejaba de aullar.

Los más pequeños no podían dormir y algunos tenían miedo.

El Capitán se venía al dormitorio, con su mecedora, a balancearse despacio,
encendida la pipa, puesta su mejor sonrisa, canturreando.

De pronto interrumpía su canción y juraba:

—¡El diablo se lleve el mal tiempo!

Con esto el viento era sólo viento,

la lluvia sólo lluvia,

se iba el miedo y nos quedábamos dormidos.

*

En las noches de frío, duro el invierno, bajábamos a buscar calor en la escalera de la cocina, de madera, estrecha y sin ventanas.

Allí se podía estar a gusto, hacer cualquier cosa o escuchar al Capitán cuando estaba de buen humor y nos quería contar su vida.

El Capitán había viajado mucho y tuvo muchas aventuras o era capaz de inventárselas.

Aquellas noches tuvieron la culpa de que yo quisiera ser marinero en un barco de

vela, dar la vuelta al Mundo y hacer fortuna.

Todos queríamos crecer y ser algo.

—Yo seré un señor importante —decía Celso—. Seré cabo de la Guardia Civil en domingo, vestido de gala.

Diego pensaba dejarse crecer el bigote.

A Dámaso le gustaría tener una tienda de pan y oler a pan caliente todas las mañanas.

Martín iba a pedir dinero prestado para comprarse un antifaz y luego ir por ahí asaltando estancos.

*

Una mañana, al volver de la escuela, Paca me dijo que alguien me esperaba en el salón. Fui y encontré a Marcos, el buhonero, que me traía un paquete.

—Te mandan esto —dijo y preguntó—: ¿Cómo estás, te tratan bien, tienes amigos y todo eso?

—Diles que sí.

Sacó una libreta y un lápiz.

—Me pagan por traerte el paquete y decirles que tú has dicho que estás bien, que tienes amigos y cosas así.

—Diles lo que quieras.

—Ya se me ocurrirá algo.

Y se fue.

En el paquete venía un queso y dos pares de calcetines. Tuve que repartir el queso entre todos y tocamos a muy poco.

—Al principio les remuerde la conciencia y te mandan cosas —dijo Paca—, pero luego es como si te hubieras muerto.

—No me importa —dije.

*

A veces esto de ser huérfano era cabreante. La gente que tenía padres se empeñaba en que éramos infelices y te hacían sentir raro, como si tuvieras rabo o así.

Un año, a las señoras del Patronato se les ocurrió que debíamos pasar la Noche Buena en casas de familia.

El Capitán dijo:

—Somos una familia.

Pero las señoras mandaban más que el Capitán.

A mí me tocó ir a cenar en la casa de don Jacinto, el farmacéutico.

Don Jacinto era un hombre pequeño, con gafas, que tenía una mujer grande, cariñosa y con gafas. Eran los padres de cuatro niños que en la calle y en la escuela me miraban por encima del hombro, pero que aquella noche fueron amables.

Estuvimos jugando al pingpong mientras nos servían la cena.

Cené más que nunca y me regalaron una caja de lápices, unos pantalones de pana y dos camisas.

Después de cenar, don Jacinto me preguntó:

—¿Lo has pasado bien?

Dije:

—Muchas gracias por todo, señor.

Fui educado, pero donde quería estar era en casa, con el Capitán y todos mis hermanos, hacer ruido y comer pastel de nueces.

Cuaderno IV

Por la mañana, si no era domingo o fiesta de guardar, íbamos a la escuela del pueblo, con los otros chicos, con los que sí tenían padres.

Nos despertábamos temprano, a lavarnos la cara, tomar un tazón de leche caliente y salir con tiempo para llegar a la escuela antes de que don Jacobo, el maestro, hiciese sonar la campana.

Como éramos huérfanos no podíamos llegar tarde, ni ir descalzos, con la camisa fuera, despeinados o así.

En la escuela teníamos que ser formales y educados.

—Es una forma de agradecer el mucho bien que se os hace —decía don Jacobo.

Un día se lo contamos al Capitán y él dijo:

—Hay que tragar, marineros.

Era difícil llevarse bien con los otros chicos y a algunas personas les molestaba vernos.

Vestíamos todos igual, en invierno de pana parda y camisa blanca, calzados con almadreñas.

Como éramos muchos y siempre íbamos con prisa, metíamos mucho ruido al pasar las calles, que eran empedradas y estrechas.

Todos los días pasábamos por delante de la casa de don Tomás, que era concejal y dormía hasta muy tarde.

A don Tomás le molestaba el ruido y salía a gritar:

—¿Lo hacéis a propósito, hospicianos?

Los huérfanos, si era la caridad quien les llenaba de sopa el plato, tenían que tener mucha paciencia.

Pero un día, Dámaso plantó cara:

—Sólo somos huérfanos, señor concejal —dijo.

Don Tomás le dio un empujón.

—¿Cómo te atreves a levantarme la voz? —gritó.

Se hizo un silencio muy raro y de pronto, todos a una, empezamos a dar patadas en el suelo, a golpear el suelo con las almadreñas, a meter ruido, cada vez más ruido y seguimos así hasta que se asomaron todos los vecinos.

Don Tomás no supo qué decir y entró en su casa dando un portazo.

Se enteró don Jacobo.

—Uno de vosotros irá a pedir perdón o me pondré furioso —dijo.

Lo echamos a suertes, le tocó a Martín y se puso a llorar de rabia.

Los domingos, o si era fiesta de guardar, nos dejaban salir de paseo. El resto de la semana teníamos que quedarnos en casa y hacer tareas,

arreglar la huerta, preparar las manzanas para que Paca hiciese compota, a lo mejor pintar las paredes,

trenzar mimbre, coser redes, ordenar el dormitorio, poner la mesa y más cosas.

Cuando no era domingo, o fiesta de guardar, estábamos muy ocupados.

Mientras hacías un cesto o algo, mondabas manzanas o cualquier otra cosa, pensabas que al otro lado del muro, después del bosque de los tilos, había chicos que no tenían obligaciones. Costaba trabajo entenderlo y al fin decías una palabrota.

Una tarde, el Pinta, que era hijo de José el pulpero, me dijo:

—Es que sois pobres y desgraciados.

Le dije:

—Eso te lo ha dicho tu madre, pedazo de cabrito.

Nos peleamos.

*

Éramos distintos en la calle, en la escuela y hasta en la iglesia.

En la iglesia, si había sitio, ellos se sentaban donde les daba la gana, podían reírse en voz baja, rascarse si les picaba algo o mirar al techo.

Nosotros teníamos que estar peinados, quietos y serios.

A veces la colecta era para nosotros. Entonces nos tocaba pasar la bandeja y recibir las limosnas.

Y encima dábamos pena.

Los domingos, o si era fiesta de guardar, podíamos ir de paseo, solos, cada uno a su aire.

—Cuando suene la campana, todos a casa —decía el Capitán.

Y nos íbamos.

Diego bajaba al puerto, a pescar. Pescaba tanto que al fin cenábamos pescado frito.

Yo iba con Diego, a sentarme a su lado, ver los barcos y a los otros chicos.

A mí me parecía que todos los chicos éramos iguales, sobre todo desnudos, cuando nos bañábamos desnudos en la playa o en el muelle.

—No hagas caso —decía Diego—, déjalos.

Pero yo acababa haciendo mala sangre.

*

Los domingos, o si era fiesta de guardar, había pelea.

Los otros chicos nos llamaban hospicianos,

nosotros los llamábamos cabritos, que también molesta.

Celso y Casimiro siempre terminaban corriendo delante de los cabritos,

pero los cabritos se escapaban de Dámaso aun ruando fueran siete contra uno.

—Se lo diré a mi padre —decían.

Y el padre subía a protestar diciendo cosas como:

—Doy limosna todos los primeros de mes. Sus chicos, don Mateo, no agradecen lo que se hace por ellos.

Después el Capitán se enfadaba con nosotros:

—No hacéis más que meterme en líos.

Los domingos, o si era fiesta de guardar, nadie nos daba dinero, íbamos al pueblo a ver las cosas y cómo se las comían los otros chicos.

Dámaso era el único que podía comprar y a veces tanto que repartía entre todos.

Un día, cuando ya estábamos cenando, el Capitán se acercó a Dámaso y le dijo:

—Que yo no me entere que pides limosna.

Dámaso protestó:

—Yo no pido nada. Yo sólo me siento en el suelo, pongo cara de idiota y dejo la mano así. Ellos me dan porque quieren.

El Capitán hizo un esfuerzo. Se contuvo. Creo que por poco dice una palabrota.

Cuaderno V

Era invierno y hacía mal tiempo. Los barcos no salieron porque la mar venía arbolada. Todos con traje de pana y almadreñas, cada tres con un gran paraguas negro, en fila

de a tres, paseando en fila, porque estábamos castigados.

Veníamos de la playa, de ver el temporal.

Habíamos visto pasar un barco grande, del petróleo, navegando a rumbo Norte.

Casimiro me dijo:

—Tu barco.

—No —dije—, el mío es de vela y aún lo están haciendo.

Volvíamos a casa, íbamos de poco hablar, escuchando la voz de la lluvia en los paraguas.

Algunos traíamos la envidia puesta por culpa de los chicos del pueblo, porque ellos corrían bajo la lluvia, saltaban en los charcos y alguno nos miraba por encima del hombro.

Empezó a sonar una campana, despacio, a muerto.

—¿A quién le tocó palmar? —preguntó Dámaso.

La señora Julia nos abrió la puerta.

—Ha muerto don Jacinto —dijo.

Después de comer lentejas nos subimos a la tapia para ver el entierro.

El cementerio estaba lleno de gente y también vi a los hijos de don Jacinto, los cuatro vestidos de negro, muy serios y como atontados.

—Ya son medio huérfanos —dije.

Martín se encogió de hombros.

—Voy a darles el pésame —dijo Dámaso, y saltó la tapia.

Se acercó a los hijos de don Jacinto y les fue dando la mano de uno en uno a los cuatro.

—Dámaso es raro —pensé.

*

Amalio llegó entrado aquel otoño, cuando los demás ya éramos veteranos.

En la galerna una ola había barrido a su padre de la cubierta de un bou que regresaba del Gran Sol.

Se lo contaron a la madre de Amalio y ella no quiso creérselo. Bajó a la orilla, a esperar, y de allí tuvieron que llevársela a un manicomio de Santiago.

A Amalio lo trajo el cabo Ruiz, que era el jefe de la Guardia Civil en Puerto Paula, un señor importante que salía en las procesiones detrás del Santo.

—Mateo —dijo el cabo Ruiz al Capitán—, el chico lo está pasando mal.

El Capitán cogió a Amalio por la barbilla para que levantase la cabeza y así poder mirarlo a los ojos.

—Tú y yo seremos amigos —le dijo.

Después de comer bajamos todos al patio, a sentarnos a la sombra de los árboles, a reposar la comida, que también habían sido lentejas.

Amalio se quedó en pie, en un rincón, la cabeza baja, a lo mejor llorando por dentro.

—Decirle algo —pedí—. Está triste y eso molesta.

Dámaso se interpuso:

—Dejarlo en paz —dijo—, aún tiene que llorar mucho antes de acostumbrarse.

—¿A qué tiene que acostumbrarse? —preguntó Casimiro.

*

Un día el Capitán mandó llamar a Dámaso y le dijo:

—Dámaso, hijo, ya eres un hombre. Tienes que irte.

Dámaso no dijo nada. Se fue al fondo de la huerta, entre los rábanos, a llorar sin que nadie lo viese.

A la mañana siguiente lo acompañamos hasta la puerta del patio.

Llovía despacio, sin hacer ruido, casi sin llover.

Dámaso llevaba una maleta de cartón, cien duros y una carta para alguien.

Paca le dio una bolsa con melocotones, pan y chocolate.

—Cuídate mucho —le dijo.

Lo vimos alejarse hacia el pueblo, entre los tilos.

—No se pueden cambiar las cosas —dijo el Capitán, sin que nadie le dijese nada.

—¿Va a estar solo? —preguntó Casimiro.

Dámaso no volvió la cabeza ni una sola vez.

Estábamos en el comedor esperando a que nos sirviesen la sopa.

Celso dibujaba patos en la humedad de los cristales.

—Dámaso tenía que afeitarse todos los días —dijo.

Martín se pasó la mano por la cara.

—Te afeitas y te dan cien duros, una carta y un pico —murmuró.

—El próximo serás tú —dije—. Ya se te nota la barba.

Trajeron la sopa pero muchos no teníamos ganas de comer.

—Hay que hacer un esfuerzo —dijo la señora Julia—. Ponerse triste no sirve de nada.

Nos fuimos a la cama.

El Capitán pasó a darnos las buenas noches. Dijo:

—A dormirse todos.

Aquella fue una noche larga y silenciosa.

*

(Edición basada en “*Los hijos del Capitán*”, en *La isla de las manzanas y Los hijos del Capitán*. Valladolid: Miñón: 1984, pp. 43-80). (Texto completo)